

20. Habia sido convidada la Francia al concilio general, como todas las demás naciones, y se mostró tan deseosa como la que mas de que volviese á congregarse á la mayor brevedad; pero la lentitud inevitable en un asunto que exigia la concurrencia de todo el mundo cristiano, y la situacion en que se hallaba el reino, despedazado mas cruelmente de dia en dia por la discordia y el fanatismo, la obligó á buscar un remedio mas pronto, y la corte creyó que podria hallarle en el coloquio de Poissy. Se habia formado entre las personas mas acreditadas en aquella corte una union íntima, que los sectarios llamaban triunvirato, y que al mismo tiempo que les causaba grandes recelos, inspiraba mucha confianza á los católicos (1). Con motivo de las quejas dadas contra ciertas sanguijuelas del estado, y en particular contra la duquesa

no se contentó con haber espurgado la península, y perseguido y esterminado en ella á los luteranos, sino que estendió tambien su celo á los otros dominios de su corona, aunque no logró en todas partes un éxito feliz. A pesar de toda la actividad del duque de Alba, enviado principalmente contra los calvinistas ó hugonótes de Flandes, no pudo Felipe acabar con ellos. Mas feliz fue en Nápoles, como nos lo dice Berault; y no menos lo fue en Sicilia, espurgando aquella isla por medio de su digno virey el duque de Medinaceli. Estendíanse aun mas allá de sus dominios las miras de Felipe en favor de la Religion católica: así es que para contener á los hugonótes de Francia, que hacian grandes progresos, envió una embajada á la Reina Catalina de Médicis, á fin de que no confiriere empleo alguno á tal clase de gentes; y mas adelante auxilió al Rey Cristianísimo con dinero, armas y consejos.

(1) Brantome. Feron.

del Valentinesado y el mariscal de San Andrés, Santiago de Albon, como tambien contra los Guisas, objeto eterno de aquellos clamores, sin que les hiciesen grande impresion; la duquesa y el mariscal, que eran los que mas habian disfrutado de la liberalidad de los Reyes precedentes, y de los bienes confiscados á los hereges, hicieron causa comun entre sí y con los Príncipes de Lorena, á fin de evitar una restitution, no menos vergonzosa que contraria á sus intereses. Resolvieron atraer tambien á su partido al condestable de Montmorenci por medio de su adhesion sincera á la verdadera Religion, y porque además de que él tambien habia recibido mucho, era consuegro de la duquesa. Pero bastaba el motivo de la Religion para determinar á aquel anciano respetable. *Una fe, una ley, un Rey*: éstas eran las palabras que tenia continuamente en la boca, y la máxima mejor grabada en su corazon, como que estaba muy persuadido de que la ruina de una de estas tres cosas, causaria infaliblemente la de las otras dos. Por tanto, luego que se le dió á entender que si se reconciliaba de todo corazon con los Príncipes de Guisa subsistiria en Francia la religion antigua, y que se perderia ésta sin remedio si continuaba unido por mas tiempo con sus sobrinos los Chatillones, se descompuso con los dos primeros Príncipes de la sangre, y con todos los parientes suyos que estaban imbuidos en los errores de Ginebra. No ignoraba que esta conducta era perjudicial á sus intereses temporales; y suplicándole su hijo primogénito, el mariscal Montmorenci, que

disimulase, á lo menos por el bien de su familia, respondió: „no puedo permanecer neutral cuando se trata de la causa de Dios y de la conservacion de la Francia. Podrán acusarme de simplicidad; pero me consolaré con haber hecho lo que pedia mi conciencia y el verdadero honor.” Se verificó, pues, de buena fe la union del condestable con el duque de Guisa y con el mariscal de San Andrés.

No deja de causar alguna admiracion ver á este mariscal unido con las dos grandes columnas de la Francia. Pero es necesario tener entendido, que aunque era segundon de una buena casa de la provincia de Leon, y no tenia muchos bienes de fortuna, porque disipaba en banquetes y en todo género de placeres y superfluidades cuanto dinero llegaba á sus manos, estaba dotado de las cualidades de un buen militar, no le faltaba disposicion para el despacho de los negocios, y además de haberle favorecido mucho la naturaleza, tenia una conversacion muy amable, y una destreza singular para conseguir sus fines. Un cortesano de este carácter era muy útil á los Príncipes de Lorena, á quienes estaba enteramente adicto.

Pretenden algunos que el triunvirato, compuesto propiamente de este mariscal, del condestable y del duque de Guisa, fue en cierto modo un bosquejo de la liga, que por poco no acabó despues con la monarquía francesa (1). En efecto, desde el origen del triunvirato empezó á correr el plan de una liga ó confederacion, proyectada para sostenerle en caso

(1) *Colec. de cosas memorabl. t. 2. p. 135.*

necesario. El Rey de España, al cual se declaraba gefe de la liga, debía conciliarse con promesas la amistad del Rey de Navarra, su vecino, ú obligarle á viva fuerza á tomar parte en sus intereses. Si se armaban los religionarios á favor de los navarros, debian tomar las armas los católicos en todo el reino á un mismo tiempo: y para impedir que los sectarios de fuera del reino fuesen á socorrer á los de Francia, se obligaba el Emperador á usar de toda su autoridad en Alemania, y el Papa y los Príncipes de Italia á hacer una diversion por el lado de Ginebra y de los suizos, de modo que necesitasen de todas sus fuerzas para su propia defensa. Muy bien puede suceder que este plan se esplicase así despues del suceso, para hacer odioso el triunvirato; pero siempre es muy verosímil que este poder tan monstruoso en la monarquía dió origen al mónstruo de la liga.

21. Entretanto, con motivo de algunos alborotos y quimeras entre los católicos y los religionarios, así en París como en las provincias, publicó el Rey, para aquietarlos, el edicto de Julio, al que se dió este nombre por razon del mes en que se espidió en el discurso del año 1561. Se concedia en él una amnistía general por todo lo pasado, y se prohibió condenar á muerte en lo sucesivo á los hereges. Tambien se prohibia, pena de la vida, á los predicadores, que usasen de calificaciones injuriosas y de discursos que pudiesen dar motivo á alborotos; pero al mismo tiempo se vedaba á los calvinistas toda asamblea pública ó particular, aun cuando fuese sin armas. Se atribuía

á los obispos el conocimiento del crimen de heregía, y la facultad de entregar los reos á los jueces reales, bien que no podian estos imponerles mas pena que la de destierro. Este artículo sufrió terribles impugnaciones; pero el canciller se mantuvo firme, porque le parecia que todo tribunal eclesiástico, substituido al de los obispos, era un paso directo para el establecimiento de la inquisicion. Por este mismo tiempo se causó un gran sobresalto al clero, con la propuesta que se hizo al Rey para que se apoderase de todos sus bienes, á escepcion de los que fuesen necesarios para la simple subsistencia. No tardaron los prelados en comprender adónde se dirigia aquella insinuacion, y por medio de un donativo muy considerable, que se calificó de gratuito, permanecieron en pacífica posesion de sus rentas. Se sujetaron á pagar cuatro décimas anuales en el discurso de seis años, lo que producía al Rey nueve millones y seiscientas mil libras tornesas (*).

22. Después del edicto de Julio, se trató principalmente del coloquio de Poissy, que se señaló para el mes siguiente, y no pudo celebrarse hasta Setiembre (1). Estaba el Papa muy disgustado con este proyecto, porque aconsejada la Reina madre del artificioso Montluc, obispo muy sospechoso de Valencia del Delfinado, le habia escrito en unos términos mas á

(*) Como unos treinta y ocho millones y cuatrocientos mil reales vellon.

(1) *Thou.* l. 28. = *Fra-Paol.* l. 5. p. 433.

propósito para aumentar sus inquietudes que para calmarlas, pues hacia una apología de los sectarios del reino, diciendo que no habia entre ellos ningun anabaptista, ningun impío, ni una sola persona que no admitiese los doce artículos del símbolo de los Apóstoles: de donde inferia, tratando las demás cosas de indiferentes, que todos los que fuesen amantes de la union católica, debian recibirlos en la comunión de la Iglesia. Para conservar en ella á muchos de los que aun no la habian abandonado, y para quitar los escrúpulos que pudieran moverlos á dar este paso peligroso, aconsejaba al Pontífice que desterrase las imágenes de las iglesias, que suprimiese los exorcismos y las demás ceremonias que acompañan al bautismo, que permitiese la comunión bajo las dos especies sin ninguna distincion de personas, que prefiriese en este punto la autoridad de la palabra de Dios á la del concilio de Constanza, y en fin, que se administrase la Eucaristía del mismo modo que en Ginebra, hablando en lengua vulgar, despues de la profesion de fe y de la confesion general de los pecados, y que se aboliese la fiesta del santísimo Sacramento, instituida (decia) para el culto espiritual, y no para que sirviese de espectáculo. De este modo disponia de la Religion la política de Catalina de Médicis. Pero lo que esto prueba es, que ó la habia abandonado, ó que la ignoraba, como sucedia á muchos cortesanos preciados de su ciencia.

23. Luego que recibió Pio IV esta carta, envió á Francia, en calidad de legado, al cardenal Hipólito

de Est, á fin de impedir que se efectuase el coloquio, si llegaba á tiempo, ó á lo menos para evitar en cuanto fuese posible las funestas consecuencias que debian temerse de él. Este legado, hermano del duque de Ferrara, y que además de proceder de una casa soberana constantemente adicta á la Francia, estaba dotado de una capacidad que hallaba pocos obstáculos, se unió con el cardenal de Tournon, que era el mas experimentado de todos los cardenales franceses, y con otros muchos prelados distinguidos, para impedir que se verificase la conferencia (1). Creyeron estos primeros pastores, que era muy peligroso esponer la fe al juicio de una multitud ligera y mal instruida; que además de este inconveniente, se autorizaria á los ministros para que publicasen con insolencia sus novedades escandalosas; y sobre todo, que siendo el objeto del coloquio anticiparse á la decision del concilio ó esperarla, era una temeridad anticiparse á ella, y si convenia esperarla, era inútil la conferencia: á lo cual no habia réplica.

24. El cardenal de Lorena, mas poderoso que nunca por medio del triunvirato, estaba á favor del concilio, y pudo mas que todos. Se supone, aunque sin probarlo, que el motivo que tuvo para ello fue el deseo de hacer alarde de su elocuencia. Mas regular parece que se inclinase al coloquio por la esperanza mal fundada de convertir á los ministros; y aun es mucho mas verosímil que se propusiese la idea de

(1) *Comment. l. 2. et 3.*

dar ocasion á que disputasen los protestantes de Alemania con los calvinistas de Francia sobre el dogma y los ritos, tan diferentes entre las dos sectas. Se asegura que el cardenal y su hermano el duque habian formado muy de antemano el proyecto de quitar por este medio á los reformados franceses la asistencia de los alemanes, y que por eso mostraron tanto empeño en que concurriesen al coloquio los ministros luteranos.

Sea de esto lo que quiera, pasó el Rey desde San German, donde residia ordinariamente la corte, á Poissy el dia 9 de Setiembre para asistir al coloquio, en el cual debia presidir en lugar de los obispos, segun lo habia dispuesto la Reina madre, condescendiendo con los deseos de los hereges. Iba acompañado de esta madre imperiosa, de los Príncipes de la sangre, de los grandes oficiales de la corona y de los ministros de estado. Lo demás de la asamblea consistia en seis cardenales, en cuarenta y cuatro obispos, un gran número de doctores católicos, y doce ministros de las nuevas religiones con veintidos diputados de sus iglesias. El que abrió la escena y sostuvo casi todo el peso de la disputa, fue Teodoro Beza, ministro de Ginebra, el mas famoso entre todos los sectarios, hombre de ingenio agudo, espedito en el uso de la palabra, sutil en el arte de argumentar, y muy feliz en las réplicas, y no menos á propósito para llevar á cabo un enredo, que para eludir la fuerza de un argumento.

Despues que abrió el Rey la sesion en pocas

palabras, hizo el canciller un discurso, con pretesto de explicar mas por estenso las intenciones del Monarca, en el cual, tratando de la Religion como político, y disponiendo del sagrado depósito como de las rentas del estado, insinuó que se debía usar de aquellos temperamentos y modificaciones arbitrarias que destruyen la fe en el mismo hecho de tratarla igualmente que al error. Abandonando despues los primeros principios, á pesar de que era un hombre de talento, se atrevió á desacreditar los concilios generales, y dijo que muchas veces habian sido corregidos por los nacionales, y adoptó la máxima que habia dado origen á todas las nuevas sectas, á saber, que no se necesitaban mas libros que la sagrada Escritura, y que bastaba esta regla para examinar la doctrina. La arenga del canciller indignó á los obispos, los cuales se la pidieron por escrito, para obligarle á dar razon de su fe, que era muy sospechosa; pero él no quiso esponerse á este riesgo, y se negó constantemente á acceder á lo que se le pedia. Interrumpiendo la Reina esta disension, mandó á Beza que hablase.

Pasó éste hasta ponerse en medio del refectorio de la abadía donde se celebraba la asamblea, y arrojándose allí con los demás ministros que le acompañaban, levantó los ojos y las manos al cielo, é hizo en alta voz una larga oracion, para implorar el auxilio del Padre celestial, ó por mejor decir, para llamar la atencion de los simples con aquel lance de teatro (1). Espuso desde luego su creencia y la de sus

(1) *Benoit. Hist. del edict. de Nant. t. 1. p. 27.*

hermanos; se quejó despues en términos amargos de los rigores que se egercian contra unos fieles, „que solo respiraban (decia) la pureza del Evangelio y la paz de la buena conciencia, al mismo tiempo que se les trataba de sediciosos y de perturbadores de la tranquilidad pública;” y por último, esplicó individualmente los puntos controvertidos, adornándolos con todas las pruebas que permitia la naturaleza de una mala causa y la brevedad de un discurso. Aunque desde el principio ofendió mucho á los católicos, y en muchas cosas desagradó tambien á algunos sectarios, se le sufrió con paciencia, hasta que, tocando al adorable misterio de la Eucaristía, se atrevió á proferir su boca sacrilega que está tan distante de ella el cuerpo de Jesucristo, como lo está el cielo de la tierra (1). Al oír esta blasfemia, resonó en toda la asamblea un rumor de indignacion: y uno de los doctores mas antiguos de Ginebra, que conocia á Beza perfectamente, dijo en voz bastante perceptible: „¿Cómo ha de creer que está Jesucristo en el Sacramento, si apenas cree que hay un Dios en el cielo?”

Levantándose el cardenal de Tournon sumamente irritado, por lo mismo que habia estado conteniéndose mucho tiempo: „en fin (dijo) ya vemos que no sin razon se oponian la mayor parte de los prelados á esta conferencia perniciosa. Nosotros hemos asistido á ella, en virtud de una orden espresa del Rey; y poco nos ha faltado para retirarnos al primer acento de la blasfemia. Para contenernos, hemos necesitado

(1) *Spond. ann. 1561. n. 19.*

de todo el respeto con que miramos á la magestad real. Hemos previsto estos desbarros sacrílegos, capaces de ofender los oídos piadosos, y de escandalizar á las almas más inocentes. Tememos en gran manera exponer á estos males el candor de nuestro joven y virtuoso Monarca. Pero os suplicamos, Señor, por la fe que constantemente ha distinguido á vuestros piadosos progenitores, que no deis oídos á estas novedades impías, y que suspendais á lo menos vuestro juicio, hasta que los obispos, á quienes el eterno Pastor concedió la facultad de enseñar á los pueblos y á los Reyes, os hagan ver con evidencia la inmensa distancia que hay de la mentira á la verdad." Creyendo Catalina de Médicis que aludían á ella las expresiones más fuertes de este discurso, se escusó, en cuanto á la concurrencia del Rey, su hijo, con el consentimiento de los Príncipes, del consejo y aun del parlamento, que tan contrario se había mostrado siempre á la herejía. No obstante, quiso que concluyese Beza su discurso: lo que ejecutó con alguna mayor circunspección, después que se sosegó lo mejor que pudo la agitación y sobresalto que se había apoderado de su espíritu.

Luego que acabó de hablar, se consultó sobre si era conveniente responderle (1). La mayor parte de los obispos votaron que no se le diese más respuesta que el desprecio; pero el cardenal de Lorena, cuya pluma se había ejercitado ya en preparar la réplica, obtuvo licencia para entrar en la palestra: lo que se

(1) *Thou. l. 28. = Espenc. Act. coll. Possiac. anno 1562. (1)*

verificó en la sesión siguiente. Sin embargo, se acordó que había de limitarse á la cuestión de la Iglesia y á la de la Eucaristía; á la primera, como que es la que destruye por sí sola todo el edificio de la nueva doctrina, y reduce á los novadores á la necesidad de someterse, ó de ser tenidos inevitablemente por herejes; y á la Eucaristía, porque es la base de todo el culto cristiano, y sobre todo, para quitar el escándalo que había causado la publicidad de las blasfemias de Beza. Se redujo, pues, principalmente á estos dos artículos el discurso del cardenal. Estableció como máxima enseñada por Jesucristo y admitida en todos los siglos, que se debe recurrir á la Iglesia, como á juez supremo en las controversias de religión: que para esto no basta la Escritura por sí sola, porque no interpretándose ella á sí misma, se necesita un juez vivo que decida de un modo infalible qué libros son los que deben tenerse por sagrados, y cuál su verdadero sentido; que cuando se suscitan novedades es necesario recurrir á los decretos de los concilios ecuménicos, á la doctrina de los santos doctores, y en primer lugar, sin duda alguna, á la sagrada Escritura, pero según la interpreta la Iglesia; y que Arrio y todos los heresiarcas más abominables, incurrieron en tan enormes errores por haber faltado á este orden y á esta regla. Acerca de la Eucaristía, hizo ver que los sacramentarios no creían que el Hijo de Dios estuviese de otro modo con nosotros después de su Ascension, que antes de haberse encarnado; que para ellos era lo mismo revestirse de Jesucristo en el

bautismo, segun las espresiones figuradas de San Pablo, que recibir en la cena su cuerpo y sangre; que no hay contradiccion alguna en la presencia real y verdaderamente corporal, que admiten y sostienen los católicos; y que, aunque confiesan que un solo cuerpo está á un mismo tiempo en muchos lugares, no creen de ningun modo que está en un lugar, y deja de estar en él. „Si los calvinistas (concluyó, aludiendo á la semejanza de que se habia valido Beza con tanto escándalo), si los calvinistas no tienen ninguna otra cosa que proponer, les declaramos, que estamos tan distantes de su modo de pensar, como lo está el tercer cielo del centro de la tierra.”

Todo el discurso del cardenal fue claro, profundo, elegante, pronunciado con nobleza, y tal, en una palabra, que no pudieron menos de aplaudirle los mismos sectarios. Luego que acabó de hablar, se pusieron al rededor de él los cardenales y todos los obispos, y formando un círculo, en cuyo centro se hallaba el Rey, exclamaron unánimemente: „ésta es la fe católica: ésta es la pura doctrina de la Iglesia. Así lo confesamos, y todos estamos prontos á suscribir á ella, á sostenerla hasta el sepulcro, y á sellarla en caso necesario con la última gota de nuestra sangre.” Suplicaron al Rey y á la Reina que perseverasen igualmente en ella, y la defendiesen con todo su poder. „Por lo demás (añadieron), no impedimos á los que la han abandonado que continúen proponiendo los demás puntos de discusion, con tal que suscriban á la doctrina que ya se ha explicado. Pero si

se niegan á egecutarlo, no se les debe dar oídos, sino que inmediatamente se ha de tratar de arrojarlos del reino.”

El celo de los prelados consiguió por lo menos que no asistiese el Rey á las sesiones siguientes. Se ventilaron en ellas todas las materias controvertidas. Hizo los mayores esfuerzos el cardenal de Lorena para reducir á Teodoro Beza; pero no pudiendo lograrlo, se valió de toda su destreza para obligarle á explicar claramente su modo de pensar acerca de la Eucaristía, proponiéndose el objeto de manifestar la oposicion que habia entre él y los doctores luteranos. Pero trataba con un antagonista que no tenia menos habilidad para descubrir los lazos que se le armaban, que sutileza para evitarlos. Despues de haberle estrechado un dia fuertemente, „hablad, por último (le dijo el cardenal), de modo que puedan entenderos los demas. ¿Admitís la consubstanciacion con los protestantes de Alemania? ¿Y vos (replicó Beza) desechais con ellos la transubstanciacion?” Cuando la gravedad doctoral llegó á este punto de fervor, no se pensó ya en persuadirse mutuamente, sino en humillarse, en ofenderse y en enredarse con palabras capciosas, de modo que fue necesario dar fin á las conferencias.

Por última tentativa se varió la forma del colloquio, y nombró cada partido cinco doctores, encargándoles mucho que se portasen pacíficamente. Hicieron provision de testos estos nuevos atletas, los explicaron de mil maneras, los propusieron con